

Xavier Sala i Martín

Crisis (6): España

Por mucho que el Gobierno dé las culpas a la situación financiera internacional, la crisis española es *made in Spain*. Cuando España era un país pobre, basó su crecimiento en productos baratos porque los salarios y, por tanto, los costes de producción eran bajos. A medida que crecía, los salarios subían y la competitividad desaparecía. Al no poder competir vendiendo productos más baratos que los demás, España tenía que innovar. Pero nunca lo hizo. En lugar de ello, intentó perpetuar la situación contratando a inmigrantes pobres, cosa que no hacía más que retardar las reformas: gracias a que los inmigrantes aceptaban salarios miserables, las empresas no tenían incentivos para invertir en tecnología o transformarse hacia actividades de mayor valor añadido.

La burbuja inmobiliaria también contribuyó a que no se hicieran reformas. Por alguna razón se generalizó la idea de que la

Y ahora que ha acabado el boom de la construcción, ¿exactamente qué producirá España?

vivienda era una inversión segura (“el ladrillo nunca baja”, decían, ¿lo recuerdan?) y todo el país se dedicó a comprar casas. Eso hacía subir el precio, lo cual, además de “confirmar” aquello de que el ladrillo nunca baja, incentivaba a constructores a edificar como locos. Entre un 15% y un 19% del crecimiento español llegó a depender de la construcción (el 4% en EE.UU.). El problema es que ese crecimiento sólo se podía mantener si los precios seguían su-

X. SALA I MARTÍN, *Columbia University, UPF y Fundació Umbele* www.sala-i-martin.com

biendo, y la histeria colectiva que los hacía subir tenía que llegar algún día a su fin. Y al final, eso fue lo que pasó, el ladrillo dejó de ser una buena inversión, la gente dejó de comprar, las constructoras e inmobiliarias dejaron de contratar y, ahora, una parte importante del PIB va a desaparecer.

¿Qué tiene que ver eso con la falta de innovación? ¡La complacencia! Mientras las cosas iban bien, nadie veía la necesidad de llevar a cabo las dolorosas reformas que habrían fomentado la innovación. Pero ahora que ha acabado el boom de la construcción, ¿exactamente qué producirá España? Silencio sepulcral.

La monumental borrachera de la construcción ha dejado dos resacas importantes. Por un lado, una deuda inmobiliaria que ronda los 300.000 millones de euros (¡el 27% del PIB!). Eso es un problema serio, porque los ingresos de ese sector en la actualidad son casi nulos. En consecuencia, la banca (¡sí!, esa banca tan segura gracias al gran sistema regulador español) se va a tener que quedar con viviendas, solares, edificios a medio construir y ciudades fantasma en la Costa del Sol. Una parte será revendida..., pero a precios de saldo. Si, siendo optimistas, recupera el 66% en términos reales, el agujero final será de unos 100.000 millones de euros. Casi el 10% del PIB.

Por otro lado, ha quedado un déficit exterior que también ronda el 10% del PIB. Simplificando, el déficit es la diferencia entre la demanda y la oferta agregadas: si la gente quiere comprar (demanda) más de lo que produce (ofrece), la diferencia debe ser comprada en el extranjero. Visto así, el déficit sólo se puede corregir de dos maneras: disminuyendo la demanda o aumen-

tando la oferta. Así de simple. El problema es que reducir la demanda quiere decir que familias, empresas y gobierno gasten un 10% menos. Es decir, una recesión económica del 10% del PIB relativo al potencial. No sabemos si esa caída se producirá durante el 2009 –como Indonesia en 1997 o Argentina en el 2000– o si habrá una caída más lenta pero mucho más larga –como ocurrió en Japón entre 1990 y la actualidad–. Pero de un modo u otro la caída ocu-



ASTROMUJOFF

rrir..., a no ser que aumente la oferta. Es decir, que aumenten la productividad y competitividad empresarial.

Lo que nos lleva a las medidas de política económica. Si el Gobierno quiere evitar una catástrofe, debe concentrarse en el fomento de la productividad. No hay alternativa. Para ello debe llevar a cabo tres tipos de acciones. Primero, hay que liberalizar rápidamente la oferta: reducir costes burocráticos, eliminar regulaciones capricho-

sas o rebajar costes fiscales relacionados con la producción, contratación e inversión.

Segundo, si se quieren tomar medidas de “corte keynesiano” para luchar contra la crisis, seleccionar aquellas que tengan un mayor efecto sobre la productividad. Ejemplos: (1) una política fiscal expansiva a base de reducción de impuestos que hagan a las empresas más competitivas hoy es mejor que un aumento del gasto público

que conlleve mayores cargas fiscales futuras; (2) cuando se escoja entre diferentes tipos de infraestructuras, que se elijan las que aporten mayor competitividad e innovación; (3) antes de rescatar o ayudar a un sector, que se pregunte si es un sector de futuro o de pasado o si se instaló en España porque buscaba salarios bajos; (4) en lugar de buscar gasto público adicional, que el Gobierno considere pagar las deudas que tiene con miles de empresas que viven financieramente ahogadas por culpa de su pernicioso y pertinaz morosidad.

Tercero, deben empezar a introducirse aquellas reformas que no van a tener efectos a corto plazo pero que son fundamentales para la competitividad a la larga. Entre ellas, la transformación del sistema educativo para fomentar la creatividad y el espíritu emprendedor de los jóvenes, la transformación del sistema financiero para que sea capaz de financiar proyectos de innovación o la erradicación de los excesos intervencionistas en sectores clave.

La hecatombe económica puede y debe ser evitada. Sólo es cuestión de que el Gobierno abandone el comportamiento errático demostrado en el 2008 y haga las cosas bien. La hora de la verdad ha llegado a España.●

Josep Piqué

¿Se ‘resovietiza’ Rusia?

Pido disculpas por el *palabro* del título y paso inmediatamente a justificarlo. Hace un tiempo que, en estas mismas páginas, reflexionaba sobre los errores que, muy a menudo, cometemos a la hora de interpretar a Putin y, por ende, a la actual Rusia. Estos errores se han vuelto a poner de relieve en estas últimas semanas, a raíz de la crisis del gas entre Rusia y Ucrania y que ha afectado a buena parte de Europa y muy especialmente a países como Bosnia, Eslovaquia, Macedonia, Bulgaria o Serbia, que dependen casi exclusivamente del gas ruso que atraviesa territorio ucraniano, y también a Grecia, Austria, Eslovenia, Turquía, la República Checa o Hungría, con una dependencia superior al 60%. En cualquier caso, la UE, en su conjunto, compra a Rusia un 25% del gas que necesita. Nada menos.

Y por ello, las dos batallas por la ubicación de nuevos gasoductos son tremendas. Una, para que eviten el tránsito del gas ruso a Europa a través de territorio ucraniano (bajo el Báltico, hasta Alemania; un proyecto auspiciado por Gazprom más Basf y E.ON y la holandesa Gasunie, y que preside el ex canciller alemán Schröder). Otra, que el gas proveniente del Caspio no cruce territorio ruso (a través de Azerbaiyán y de Georgia, en el Cáucaso, hasta el mar Negro y Turquía; un proyecto –Nabucco– auspi-

J. PIQUÉ, *economista y ex ministro*

ciado por la UE y lleno aún de incógnitas), que explica algunas cosas sobre la política rusa en la zona y que hemos visto el pasado verano con su intervención militar y la independencia de facto de Abjasia y Osetia del Sur. Una primera observación superficial nos llevaría a condenar el *chantaje* ruso para doblegar a Ucrania, en el *trasero de Europa* y demostrar, de paso, la importancia estratégica que el gas le proporciona a Rusia y a sus ambiciones *neoperiales*.

De hecho, y de ahí el título de este artículo, la extinta URSS fue la máxima culminación de las ambiciones imperiales históricas de la Gran Rusia de Pedro y Catalina: incluir en su seno Asia Central y el control del Caspio, la costa oriental del Báltico, el Cáucaso, y parte del mar Negro, y ampliar su área de influencia hasta el límite de Europa occidental. Y ser una de las dos grandes superpotencias mundiales. Y eso se desmoronó con la caída del muro de Berlín y la desmembración de la Unión Soviética en quince estados independientes.

Los rusos despertaron dramáticamente de su *sueño imperial* y vieron como el Occidente victorioso de la guerra fría les imponía sus condiciones. Entre ellas, la ampliación de la OTAN hasta sus fronteras y con estados que habían sido territorio soviético o habían estado bajo su claro dominio, y que, ahora, podrían incluir Georgia y la propia Ucrania. Avancemos un poco más con Ucrania. Históricamente, Ucrania se

ha debatido internamente siempre entre sus dos almas: la que mira a Rusia, y la que mira a Europa. Y eso se refleja electoralmente casi al 50%, aunque hoy la posición oficial ucraniana es prooccidental, y plantea su integración inmediata en la OTAN y, a largo plazo, en la UE. Por eso, la presión rusa sobre Ucrania busca *convencerle* de que, contra los intereses vitales de Ru-

Hemos de decidir si vemos a Rusia como un potencial socio o como un adversario que controlar y neutralizar

sia, el coste para Ucrania es demasiado elevado.

Parece claro, pero no lo es. Ucrania es un país profundamente corrupto en lo político y en lo económico y que usa el miedo al *peligro ruso* para mantener posiciones de privilegio en lo energético (poco acordes con su aparente apuesta por la economía de mercado) y para sostener una oligarquía nada proclive a las reformas democráticas. Y Occidente no debe caer en determinadas trampas. Ucrania no tiene razón (quiere gas con precios por debajo del mercado y pagar con enormes retrasos), pero usa muy bien el victimismo para pre-

sentarse como *adaliid* de la resistencia ante las aspiraciones neoimperiales de Rusia. Y es verdad que Rusia las tiene (lo que llamo la *resovietización*), pero el debate hay que situarlo más allá del conflicto con Ucrania. La gran cuestión es cómo tratar a la nueva Rusia de Medvedev-Putin, una vez superada la depresión postsoviética y la etapa de Gorbachov y de Yeltsin.

Rusia tiene debilidades estructurales muy serias (su escaso peso demográfico, la corrupción y el crimen organizado, su atraso tecnológico o su dependencia excesiva de los precios internacionales de la energía), pero quiere ser tratada como una potencia muy relevante. Lo es por muchos otros motivos: desde la energía hasta su enorme extensión geográfica, pasando por su poder militar y nuclear. Y decidamos si verla como socio potencial, a pesar de las dificultades, e integrarla, como se intentó, en procesos decisionales de la OTAN, comprometiendo a la economía de mercado, la OMC e instituciones multilaterales, o verla como un adversario que controlar, neutralizar y, si conviene, combatir (no militarmente, pero sí en los demás ámbitos).

La UE, una vez más, está dividida. Como en otras muchas cosas. Pero si queremos ser relevantes, esto puede ser crucial. Porque Europa puede marcar el camino. Más que EE.UU. Ya que Rusia, como Ucrania, tiene su alma europea. Como se dice en las películas americanas, *to be continued*.●